

Mejía quería la capitulación porque estaba seguro de ser absuelto. En su persona tenía la prueba de que era posible capitular obteniendo garantías de la vida y la libertad, como tuvo lugar en su capitulación de Matamoros. Mejía había perdonado la vida á los Generales José María Arteaga, Gerónimo Treviño y dos veces al General Escobedo. Tenía derecho á esperar que los dos últimos salvaran su existencia.

« Era la cuarta vez que Castillo por su conducta era funesto al General Miramón y á pesar de tantas decepciones no se pensaba en destituir á este jefe, que pasaba por uno de los mejores generales del ejército imperial (1). »

« Por su parte, Maximiliano escuchaba con gusto las insinuaciones del Príncipe de Salm y del Coronel López, contrarias á las del General Miramón (2). »

« Miramón deploraba tener por jefe un príncipe débil que en la intimidación escuchaba los consejos de un coronel ignorante como López; deploraba tener que combatir en un ejército cuyo jefe de estado mayor era Márquez, su enemigo mortal, y tener que luchar una vez más con Méndez, hombre extraordinariamente envidioso, á pesar de sus bri-

su informe al Supremo Gobierno, nota de la pág. xxx. — Introducción á *Las Últimas Horas del Imperio*, de Arellano.

(1) Víctor Darán, *le Général Miramón*, pág. 201.

(2) *Obra citada*, pág. 201.

llantes cualidades militares (1). » Méndez por su parte designaba á Miramón, como proyectista de un *cuartelazo* contra Maximiliano para proclamarse presidente.

« El General Silverio Ramírez, so pretexto de un ataque contra los sitiadores, trató de entregar un punto de la plaza de Querétaro al General Ramón Corona (2). »

El Teniente Coronel Pradillo, oficial de órdenes del Emperador, asegura que el General Ramírez cometió en Querétaro un delito de cobardía que el código militar castiga con la pena de muerte, pero que Maximiliano, por bondad, perdonó. « Ya se comprenderá, dice el oficial de órdenes Pradillo, toda la indignación que tanto en el Emperador como en el General Miramón y todas las personas que lo supieron, produciría aquella malhadada carta, en que los autores se habían olvidado del honor y de los santos deberes de un militar. El generoso corazón del Emperador pudo solamente salvar de la muerte á estos indignos jefes, condenados por el código, sin apelación (3). »

(1) *Obra citada*, pág. 184.

(2) Cita de A. Pola. Introducción á *Las Últimas Horas del Imperio*, pág. xxii.

(3) Pradillo y de la Peza, *Maximiliano y los últimos sucesos del Imperio*, pág. 61.

*
**

En la capital, el Ministro de la Guerra y el jefe del Ministerio Lares, cometieron el delito de desobediencia á las órdenes de Maximiliano en asuntos de suma gravedad. « Sabido es, afirma Márquez, que luego que salí de la capital con el soberano, mandé en su nombre la orden á México por duplicado, para que se replegase á dicha ciudad la guarnición de Puebla, con el objeto de libertarla de una desgracia (1). »

Esta orden fué interesantísima y si se hubiera cumplido, el General Díaz no se habría provisto de gran artillería y de un inmenso depósito de municiones, que sirvió á dicho jefe para operar sobre México y enviarle al General Escobedo, cuya angustia era grande por falta de municiones. Retiradas á tiempo las fuerzas imperiales de todo el Estado de Puebla y concentradas en México, se hubiera encontrado Márquez al venir de Querétaro al frente de nueve mil hombres, sesenta piezas de artillería y municiones en abundancia, con lo cual se hubiera hallado en situación de marchar sobre Querétaro y dar poderoso auxilio á esa plaza.

(1) Márquez, *Refutación*, pág. 177.

Pero el Ministro de la Guerra Portilla se esmeró en hundir al Imperio. Dió orden á Noriega, el jefe de la plaza de Puebla, de mandarle el 15 de Infantería, excelente cuerpo, mandado por Oronoz. El General Noriega expone bien la conducta torpe de Portilla. « Mas no sólo se sacó esa fuerza de Puebla (el 15 Batallón) sino que se mandó salir con ella dos baterías de campaña con cuantos artilleros había en la plaza; dando con esto lugar á que en tan crítica situación, el enemigo que por todas partes estaba en movimiento, se acercara sin obstáculo á la referida plaza, donde no quedaban más que trescientos hombres de la guardia civil, que se habían tomado de leva poco antes y no tenían instrucción alguna.

« Consecuente, sin embargo, con mis compromisos de hombre de honor y deseoso de cumplir con mis deberes hasta donde me fuere posible, ordené á las fuerzas rurales de Atlixco, Matamoros, San Andrés Chalchicomula, Tepeaca y otros puntos de menor importancia que viniesen á cooperar á la defensa de Puebla. Y efectivamente vinieron al mando de pundonorosos y valientes jefes, aunque muy disminuídas porque en su mayor parte habían desertado los soldados con armas y municiones. Semejantes esfuerzos de mi parte, lograron á duras penas hacer subir el total de la fuerza que debía defender la plaza á dos mil infantes y quinientos

caballos (1). » Es evidente que Noriega tenía orden de defender la plaza, operación que no estuvo en el ánimo de Maximiliano, ni en el del General Márquez, El General Portilla seguía las viejas reglas de la escuela militar mexicana : defender plazas y perder batallas.

El Ministro de la Guerra de Maximiliano, cuando la ciudad de México estaba sitiada por el General Díaz, ofreció á éste jefe la entrega de la plaza de México (2).

Una vez que Maximiliano partió para Querétaro, el Ministerio Lares se declaró de hecho gobierno independiente. « Durante la marcha á Querétaro, Maximiliano dió la orden de que le fueran enviados de México los húsares de Khevenhüller, el Regimiento de Hammerstein y toda la artillería disponible; y el Ministerio no cumplió la orden (3). » Maximiliano odiaba y despreciaba á sus ministros. Escribía á su querido Fischer : « Si se han perdido algunas de sus cartas (las de Fischer) es que indudablemente las han interceptado nuestros ministros; no puede ser de otra manera (4). » « La publicación de mi carta á Lares, no fué muy del gusto de esos

(1) Noriega, *Folleto de Pradillo y Peza*, Apéndice, pág. 160.

(2) Dato comunicado por el General Presidente Porfirio Díaz á Don Ángel Pola, *Últimas Horas del Imperio*, A. Pola editor.

Nota 2 de la pág. 174.

(3) Basch, pág. 147.

(4) Basch, pág. 149.

señores, lo que era muy natural atendida su calidad de hombres de partido (1). »

Con su último amigo, Schaffer, Maximiliano se mostró quejoso de sus ministros : « Sumamente desagradable me fué el saber que los viejos pelucones de México tienen tan poca deferencia, que no pagan á la escasa servidumbre de la Corte que se quedó allí. Ésta es la consecuencia que suele producir el sistema de mentira oficial, fundado en un mal entendido amor propio nacional. Si ellos supiesen y pudiesen decir honradamente que no tienen dinero, yo sabría acomodarme á la necesidad (2)... La permanencia de Ud. en México, en las presentes anormales circunstancias y señaladamente cuando acabo de partir, era de absoluta necesidad; sin Fischer en el gabinete, sin Kevenhüller y Hammerstein en el cuartel, y sin Ud. en Palacio, todo aquello se lo hubiera llevado la trampa en las primeras veinticuatro horas (3). » Nótese que sólo le inspiraban estimación y confianza los extranjeros.

Y en otra carta volvía á decir á Schaffer : « Sólo nos amarga la conducta de los débiles pelucones de allá (los ministros), quienes con su manifiesto miedo de avaricia se manejan como verdaderos

(1) Basch, pág. 151.

(2) Basch, pág. 148.

(3) Basch, pág. 152.

traidores (1). » No teniendo noticias de Europa, cree que sus ministros han violado su correspondencia, « lo cual, dice, concuerda perfectamente con la egoísta traición de esos viejos mandarines (2). »

López, asegura Basch, evitó dar á Maximiliano una respuesta categórica, pedida como explicación de la fuerte deserción que se notaba en el Regimiento de la Emperatriz, y contestó con subterfugios. Maximiliano entonces dijo á Basch : « que de buena gana abandonaría el país, porque le pesaba tener que tratar con tanta canalla y tantos pícaros ». Y á López, uno de esos canallas y pícaros, lo llamó Maximiliano la noche del 14 de Mayo de 1867, á las once para condecorarlo por la gran traición que ambos iban á cometer.

En Querétaro, Salm llegó á ser su hombre de confianza. Cuenta el oficial de órdenes Pradillo, que Salm durante el viaje de Maximiliano á Querétaro, decidió llamar la atención de Maximiliano y se lanzó sólo contra una guerrilla, deteniéndose á respetable distancia, haciendo ademanes ridículos (3). « Maximiliano exclamó riendo : » ¡Magnífico! Parece un cirquero. ¡Qué hombre tan pesado! ¿Por qué ha ve-

(1) Basch, pág. 190.

(2) Basch, pág. 233.

(3) Pradillo y de la Peza, *Maximiliano y los últimos sucesos del Imperio*, pág. 22.

nido aquí; ¡Me choca! ». Pocos días después, Maximiliano á éste desconocido que le chocaba, lo hacía ascender de simple soldado voluntario á coronel; horas después lo ascendió á general; horas después le confió la misión de partir para México con plenos poderes hasta para arrestar á Márquez. Si los republicanos no hubieran impedido la salida de Salm, hubiera sido en México el dictador Lugar Teniente, caso de que Márquez no lo hubiera fusilado.

Basch acaba por escribir : « Y por último Maximiliano se había visto traicionado de la manera más asquerosa por los conservadores; pues bien, á pesar de todo esto, le repugnaba todavía alejarse de aquel lugar de ruina. No quería pronunciar la condenación de aquel partido que le indujo á quedarse; no podía resolverse á creer que lo habían engañado del modo más vituperable, que lo habían sacrificado, á él tan noble... »

La historia tiene que afirmar, que tanto Maximiliano como los conservadores hicieron entre sí un baturrillo de traiciones, falsedades, intrigas; como lo exige el personalismo dentro de la atmósfera pretoriana. En los caudillos republicanos había unión, decencia, disciplina, probidad, patriotismo, como consecuencia de su abnegación por defender una gran causa, elevados principios, leyes civilizadoras. Los caudillos liberales intransi-

gentes salían del heroísmo y su conducta debía ser la que fué, leal á su bandera, obedientes á la ley, fieles á su causa, justicieros ó generosos con sus enemigos; entusiastas por los ideales democráticos, sellados con la grandeza de olvidar sus personas en el gran drama que por sus admirables esfuerzos solemnemente se desenvolvía. El partido conservador ya no era partido, significaba un certamen de envidias excitadas por la ardiente corrupción propia de las causas personalistas; lleno de grietas, como todas las ruinas, debía caer en polvo en un cadalso que Maximiliano había dedicado pérfidamente á sus compañeros de armas, y donde la justicia nacional lo hizo morir con sus principales cómplices. La deslealtad, la mentira, la perfidia, la presunción y la negación de porvenir para el país, habían jugado desde Noviembre, en Orizaba, una gran partida á toda trampa. El Ministro Lares en su carta de 10 de Febrero de 1867, fijó la ley que hacía indispensable la ejecución del Cerro de las Campanas. La cuestión mexicana, según Lares y en ello tenía razón perfecta, no podían resolverla asambleas, como lo pedía Maximiliano; su única solución era el exterminio completo de un partido por el otro. La guerra, la opinión, los desaciertos de los imperialistas y al último el juego vil de sus pasiones estrictamente personales dieron á Juárez y á la causa que defendía un triunfo rápido y com-

pleto que nadie esperaba ni hubiera podido prever.

Maximiliano tenía valor personal, pero tenía miedo horrible á su debilidad, que lo colocaba en el caso de estafermo del partido conservador ó de sirviente de sus guerrilleros en las montañas. Tal vez combinó con López la entrega de la plaza de Querétaro para vengarse de los hombres que lo tenían preso, que lo habían degradado y hundido en sufrimientos físicos y morales que le eran desconocidos y que su posición de príncipe no le permitía soportar, ni su imaginación perezosa concebir.

No es cierto que los generales ajusticiados en Querétaro hayan perecido por abnegación á Maximiliano; todos perecieron por abnegación á sus pasiones. Con menos sujeción á ellas, todos se hubieran salvado. Todos ellos presumían de distinguidos militares y no vieron lo que para un cadete es un axioma: que cuando no hay interés en defender una plaza, por el mérito de la plaza, entre tanto puede ser auxiliada, dejarse sitiar es rendirse incondicionalmente al enemigo. La incapacidad militar la mostraron los jefes conservadores á un grado tal, que sólo puede explicarse por el irresistible golpe de sus encrespadas ambiciones.